



Seix Barral Biblioteca Formentor

---

# Mieko Kawakami

## Heaven

Traducción del japonés por  
Lourdes Porta



---

# 1

Un día de finales de abril, al abrir el plumier, encontré un papel doblado muy pequeño, metido en vertical entre los lápices.

Lo desplegué. Habían escrito con un portaminas:

«Somos iguales».

Los trazos eran finos, menudos como espinitas de pescado. No ponía nada más.

Lo guardé corriendo en el plumier, cogí aire y miré a mi alrededor como si no pasara nada. Todo era igual que siempre: bromas y risas, voces chillonas, charlas a gritos. La hora del recreo, como siempre. Para tranquilizarme, coloqué el libro de texto y el cuaderno alineando las esquinas una y otra vez; luego afilé los lápices despacio, tomándome mi tiempo. En esto, sonó la campana de la tercera hora, luego un arrastrar de sillas y, cuando entró el profesor, empezó la clase.

---

La carta era una trampa, ¿qué otra cosa podía ser? Sí, pero ¿por qué, a aquellas alturas, salían con algo tan retorcido? No podía entenderlo. Suspiré para mis adentros y me deprimí aún más, como de costumbre.

Aquella fue la única vez que metieron la carta en el plumier; a partir de entonces las fijaron con cinta adhesiva dentro del pupitre, en un sitio donde pudiera descubrirlas con solo meter la mano. Fueron llegando una tras otra, poco a poco. Cada vez que encontraba una, sentía escalofríos por todo el cuerpo y miraba a mi alrededor, alerta, pero me daba la sensación de que no había nadie pendiente de mis reacciones. No sabía cómo debía comportarme y eso me producía una ansiedad horrorosa.

«¿Qué hacías ayer mientras llovía?», «¿A qué país te gustaría ir?»: solo frases cortas, preguntas de este tipo, escritas en un papel del tamaño de una tarjeta postal. Yo las leía en los lavabos y, como no sabía si debía tirarlas, ni dónde, no me quedaba más remedio que esconderlas bajo la cubierta azul marino de mi carnet escolar.

Las cartas no trajeron ningún cambio.

Ninomiya y los suyos seguían, como siempre, obligándome a llevarles la cartera como siempre, continuaban dándome patadas como si fuera lo más natural, me golpeaban con la flauta,

---

me hacían correr. Mientras tanto, las cartas fueron llegando, el texto fue alargándose poco a poco. Seguían sin aparecer ni mi nombre ni el del remitente, pero lo cierto era que, al mirar la letra, a veces se me pasaba por la cabeza que quizá las cartas no tuvieran nada que ver con los de Ninomiya. Aquella idea, sin embargo, parecía totalmente ridícula y, mientras iba dándole vueltas y vueltas, acababa dejándola correr y eso me deprimía aún más.

Pese a todo, ir al colegio temprano por las mañanas y comprobar si había llegado alguna carta se convirtió en mi pequeña costumbre. El aula, todavía desierta a esas horas, silenciosa, olía ligeramente a aceite y yo me sentía feliz al leer allí dentro aquellas líneas escritas con letra diminuta. Aunque tenía muy claro que podía ser una trampa, en las notas había algo que me daba, no sé por qué razón, algo de confianza en medio de la incertidumbre.

En la carta que llegó justo al empezar mayo ponía: «Quiero verte. Te esperaré aquí al salir de clase, de cinco a siete». También estaba la fecha. Me puse tan nervioso que pude oír cómo los latidos del corazón resonaban con violencia en mis oídos. Leí la carta tantas veces que, al cerrar los ojos, las letras se me representaban claramente en la cabeza. También había, dibujado a mano, un plano sencillo. Me

---

pasé la mayor parte del día pensando qué debía hacer; durante el puente de principios de mayo le di tantas vueltas que acabé con dolor de cabeza y sin ganas de comer. Pero algo tenía claro: si acudía como un pardillo al lugar de la cita, allí me estarían esperando los de Ninomiya y me las harían pasar canutas, aún peor que de costumbre. Cuando yo apareciera, con la cabeza llena de expectativas por lo de las cartas, ellos me atraparían y me harían alguna jugarreta nueva. Lo único que conseguiría sería empeorar todavía más las cosas, seguro. Eso era lo que pensaba.

Pero no podía dejarlo correr.

Cuando llegó el día, no conseguía tranquilizarme de ninguna de las maneras.

En clase, estuve todo el rato vigilante, observando cómo actuaban Ninomiya y los suyos, pero no noté ningún cambio. En cierto momento, uno de sus esbirros me arrojó una zapatilla diciendo: «¿Y tú qué miras?». La zapatilla me dio en la cara y cayó al suelo. Me ordenó que la recogiera y se la llevase. Hice lo que me mandaba.

A medida que se acercaba el final de la clase, fui sintiéndome más y más nervioso. Tanto, que empecé a encontrarme mal. Logré aguantar hasta el final de la última hora y, luego, volví a casa casi a galope. Mientras corría me preguntaba si iba a ir allí de verdad, qué debía hacer. Por más vueltas

---

que le daba, no encontraba una respuesta. Estaba convencido de que, hiciera lo que hiciese, me equivocaría.

Cuando llegué a casa, mi madre levantó los ojos, me dijo hola y siguió sentada en el sofá viendo la televisión. Yo también le dije hola. Se oía la voz del locutor leyendo las noticias. Nada más. El interior de la casa estaba tan silencioso como de costumbre.

—¡Uf! No he parado quieta desde mediodía —dijo mi madre.

Saqué un tetrabrik de zumo de pomelo de la nevera, me serví un vaso, me lo tomé de pie. Mi madre me miró y me dijo que me lo bebiera sentado. Poco después oí cómo se cortaba las uñas de las manos o de los pies.

—¿Es por la cena? —dije.

—Claro. Huele bien, ¿no? Es la primera vez que hago un asado de carne atada con un hilo.

Pensé que —cosa rara— mi padre hoy debía de venir a cenar, pero no pregunté nada.

—¿Quieres comer algo?

—No. Ahora me pasaré un rato por la biblioteca. Puedo esperar.

En mi barrio había una gran alameda que se extendía varios cientos de metros.

Yo la atravesaba siempre para ir a la escuela. Si torcías a la izquierda a media alameda, algo más

---

allá había un pequeño descampado que a duras penas podía llamarse «parque». Aquel era el lugar de la cita.

Como había salido de casa a las cuatro, cuando llegué aún no había nadie. Por lo pronto, solté un suspiro de alivio. Había un banco, hecho de neumáticos tumbados, y una ballena de cemento; entre ambos, un arenero cuadrado de unos tres *jô*\* lleno de envoltorios de golosinas y bolsas de plástico.

El arenero estaba cubierto de cagarrutas secas de perro o de gato, rebozadas con arena, como si fueran tempura. Había tantas que, si te ponías a contar, no acababas. Parecía que iban aumentando hasta llegar a cubrir todo el arenero. Mientras mantenía los ojos clavados en la caca, se me pasó por la cabeza que quizá ellos me la hicieran tragar un rato después y, al imaginarlo, sentí ardor en el fondo de la garganta. Solté una gran bocanada de aire para ahuyentar la imagen de la mierda, pero lo único que conseguí fue notar el cuerpo más pesado.

En la boca de la ballena había un hueco donde cabían justo dos personas de mi tamaño; la pintura estaba tan desconchada que casi no se adivinaba el color original; por el lomo y la cabeza había grafitis escritos con rotulador negro. El descampado estaba detrás de unas viejas viviendas sociales

\* Un *jô* equivale a unos 1,62 m<sup>2</sup>. (*N. de la t.*)

---

y la tierra estaba húmeda, teñida de un fastidioso color negro.

Volví a la alameda para matar el tiempo.

Me senté en un banco de hierro, suspiré hondo; después tomé aire despacio. Pensé muchas veces que era una equivocación haber ido. Pero me dije a mí mismo que, si no aparecía —en definitiva, si iba en contra de los deseos de Ninomiya y los suyos—, me las harían pasar canutas de igual forma. Total, que tanto daba hacer una cosa como otra.

Suspiré y levanté distraídamente la cabeza. En los árboles, que hasta entonces solo habían sido troncos negros, habían brotado hojas verdes que se mecían con un susurro a cada soplo de viento. Me quité las gafas, me froté los ojos y miré hacia la alameda. El panorama monótono, sin profundidad, de siempre. Como era habitual, recorté el paisaje en láminas cuadradas, igual que en el *kamishibai*,\* y cada vez que parpadeaba, iba cayendo una hoja a mis pies.

\* Literalmente, «teatro de papel». Es una forma de arte escénico, dirigida principalmente a los niños, muy popular en Japón. Consta de una serie de láminas dispuestas sobre un soporte con forma de marco —el escenario— y el intérprete va deslizando los dibujos, uno tras otro, a medida que cuenta la historia. (*N. de la t.*)

---

Poco después, cuando volví al lugar de la cita, casi sin pensar en nada, vi que en los neumáticos había alguien sentado dándome la espalda. Era una chica con uniforme. Al principio me quedé tan desconcertado que miré automáticamente alrededor, pero no había nadie más.

Me acerqué con timidez. Cuando me detuve frente a la ballena, la chica oyó mis pasos y se volvió de repente. Era una chica de mi clase que se llamaba Kojima. Se levantó, me miró e inclinó un poco la cabeza. En un gesto reflejo, yo también bajé la cabeza.

—Las cartas...

Kojima era bajita, de piel morena, muy callada. Siempre llevaba la blusa llena de arrugas; su uniforme se veía muy raído y siempre daba la impresión de que inclinaba el cuerpo hacia un lado. Tenía una espesa mata de pelo negrísimo, tan duro que las puntas le salían disparadas en todas direcciones. Bajo la nariz le crecía una pelusa que parecía suciedad: siempre le tomaban el pelo a causa de eso y las niñas de clase se metían con ella por pobre y por sucia.

—Pensaba que no vendrías —dijo Kojima sonriendo con inseguridad—. ¿Te he molestado?

Como no me salían las palabras, me limité a negar con la cabeza. Durante unos instantes permanecimos los dos plantados allí en silencio.

—¿Y si nos sentamos? —propuso Kojima, y yo dije que sí, aunque no logré sentarme bien del

---

todo—. No tengo nada especial que decirte, ¿sabes? Pero me apetecía que hablásemos de muchas cosas, tú y yo. Hace tiempo que pienso que quizá nos hace falta, tanto a ti como a mí.

Kojima lo dijo tropezando en alguna ocasión con las palabras. Me daba la impresión de que aquella era la primera vez que oía su voz, que la veía hablar. También era la primera vez que la miraba de frente. Y también era la primera vez que hablaba así con una niña. Me empezaron a sudar las manos, todo el cuerpo, no sabía dónde mirar.

—Gracias por venir.

La voz de Kojima no era ni alta ni baja, pero sí compacta, como si una línea gruesa acompañase la difusión del sonido. Asentí varias veces con la cabeza. Al verlo, ella pareció sentir alivio.

—¿Sabes cómo se llama este parque?

Sacudí la cabeza de un lado a otro.

—El parque de la ballena. Porque, mira, esto es una ballena, ¿ves? Pero me parece que soy la única que le pone un nombre. Vaya, al menos eso creo —dijo Kojima riéndose.

«El parque de la ballena», repetí dentro de mi cabeza.

—Como te he dicho, hace tiempo que tengo ganas de hablar contigo, ¿sabes? Por eso te he escrito las cartas. Aunque estaba segura de que no vendrías. La verdad es que me ha sorprendido —dijo Kojima mientras se tocaba la nariz, hablando más rápido que al principio.

Volví a asentir.

—Quiero que seamos amigos —dijo Kojima mirándome de frente—. Si tú quieres, claro.

Yo iba asintiendo maquinalmente aunque no acababa de entender qué me estaba diciendo. Con todo, me surgieron varias dudas de golpe: ¿qué significaba eso de hacernos amigos? Y, para empezar, ¿qué significaba ser amigo de alguien? Pero no pregunté nada. Notaba cómo el sudor, que había empezado a manar un poco antes, iba deslizándose todo junto por la espalda. Sin embargo, al oír mi respuesta, Kojima sonrió alegremente, suspiró y dijo:

—¡Qué bien!

Se levantó de los neumáticos y se sacudió la parte trasera de la falda con las dos manos. En la falda tenía un montón de arrugas grandes que no coincidían para nada con los pliegues. Los bolsillos de la chaqueta estaban abultados de forma muy rara, como si estuvieran llenos hasta los topes de algo, y se veían sobresalir las puntas de un pañuelo de papel.

—¡Estoy contempamina! —dijo Kojima, sonriendo de oreja a oreja. Suspiró y miró hacia el suelo.

«Contem...», repetí en mi cabeza. Me habría gustado preguntarle qué había dicho, pero no sabía ni cómo preguntárselo ni en qué momento, así que al final no abrí la boca.

—Oye, lo de las cartas..., ¿puedo seguir escribiéndote?

---

—Claro —respondí. Me salió una voz ronca, muy rara, y me puse rojo como un tomate.

—Entonces, ¿puedo enviarte más?

—Sí —contesté.

—¿Vas a responderme?

—Sí —dije, aliviado al ver que aquella vez había podido hablar en un tono normal.

Luego nos quedamos un rato inmóviles sin decir nada. Se oyó graznar un cuervo, en alguna parte, a lo lejos.

—Bueno...

Después de decirlo, Kojima curvó los labios en una pequeña sonrisa; se quedó un instante mirándome de frente, levantó un poco la mano, se dio la vuelta con ímpetu y se marchó a paso rápido, casi al galope, por el camino que conducía a la alameda.

No se giró ni una sola vez. Dentro de mis ojos, su figura de espaldas, desdoblada, fue empequeñeciéndose deprisa. No sabía hasta cuándo debía estar mirando a alguien que se alejaba, como entonces, pero al final continué siguiendo con los ojos a Kojima hasta que desapareció. La imagen del dobladillo cuadrado de su falda, que colgaba pesadamente mientras le golpeaba las piernas a media pantorrilla, se quedó clavada en mi retina para siempre. Incluso después de que Kojima desapareciera por completo, solo permaneció la rigidez del movimiento de su falda cuadrada.

\*

---

—¡Eh, bizco!

Aquel día, al salir de clase, en cuanto me giré con resignación, uno de los del grupo de Ninomiya me agarró por el cuello y me arrastró de vuelta al aula. Lo de siempre. Y, como siempre, en el centro estaba Ninomiya, sentado en una mesa. En cuanto me vio, me dijo: «¡Vaya! ¿Ya estás aquí otra vez?», y se rio. Luego me ordenó que me metiera tiza en la nariz y que dibujara en la pizarra algo tan divertido que los hiciera partirse de risa. Al oír su ocurrencia, su pandilla soltó una carcajada; uno de ellos me llevó a rastras hasta la pizarra y, después, se acercaron todos en masa.

Ninomiya había ido a la misma escuela primaria que yo.

Ya entonces era la figura central de la clase. Era el mejor en deportes, sacaba sobresalientes en todo y su cara, de facciones regulares, era bonita a los ojos de cualquiera. Era el único que llevaba el jersey de un color distinto al del uniforme y que se había dejado crecer el pelo hasta los hombros. Además, tenía un hermano tres años mayor que destacaba en muchas cosas, y tanto el uno como el otro eran populares en la escuela. Todo eso le daba un aire especial y siempre había un montón de alumnos que querían ser amigos suyos. Al entrar en secundaria empezó a recogerse el pelo largo en una coleta y a hacer bromas para divertir a las chicas de la clase, y lo cierto era que no eran las únicas que se reían: todo el mundo se reía siempre con las

---

ocurrencias de Ninomiya. Era el mejor en los estudios y, desde primero, iba a una academia preparatoria para acceder a un grado superior. Daba la sensación de que no solo los compañeros de clase reconocían su superioridad —ellos, claro, por supuesto—, también los profesores lo respetaban.

—Vamos. Dibuja de una vez.

Yo estaba clavado en el suelo, sin abrir la boca.

—Tú no has hecho un solo avance en tu vida, ¿no? ¿Cuánto tiempo llevamos haciendo esto? Es que alucino... —Ninomiya levantó las palmas de las manos en señal de pasmo y los que lo rodeaban volvieron a desternillarse de risa. Algo por detrás del muro de pelotas estaba Momose, de pie, con los brazos cruzados.

Momose había aparecido en secundaria. Iba a nuestra clase desde primero. Era tan buen estudiante como Ninomiya y, según decían, también asistía a una academia preparatoria. Yo nunca había hablado con él. Aunque siempre estaba con Ninomiya, Momose era un chico de pocas palabras y jamás lo había visto armando follón con los demás. Yo no sabía por qué, pero siempre iba a observar las clases de educación física. Aunque no llegaba al grado de Ninomiya, también pertenecía al grupo de los guapos y, tanto el uno como el otro, medían unos buenos diez centímetros más que yo. Momose tenía siempre una expresión impenetrable: era imposible adivinar qué estaba pensando. Cuando los demás se metían conmigo, él nunca

---

me hacía nada directamente; siempre permanecía algo alejado, mirando, de pie, con los brazos cruzados.

—En fin, que nosotros tenemos otras cosas que hacer. No podemos perder más tiempo contigo —dijo Ninomiya—. Por hoy te dejaremos en paz si te tragas enteras estas tres tizas.

Primero me ordenó que me metiera dos trozos en la nariz, uno en cada agujero, hasta el fondo. Luego agitó el tercero delante de mis ojos y me dijo: «Eh, bizco. Da las gracias y trágatelo. ¡Ya!». Acto seguido me dio un puntapié en la rodilla.

Por más patadas o golpes que me dieran, por más que me arrojasen al suelo, Ninomiya y los suyos siempre iban con cuidado de no sobrepasar un límite, de no dejar señales. Alguna vez, de vuelta a casa, al ver que no tenía ninguna marca encima, me había preguntado dónde habrían aprendido aquella técnica.

Me dieron patadas en las rodillas y los muslos, fueron desplazando poco a poco los pies, pisándome la barriga como si quisieran comprobar su blandura con las suelas de sus zapatillas, y al final me patearon todo el cuerpo. Me arrojaron contra la pared, me hicieron caer dando tumbos sobre las mesas. Cada golpe iba acompañado de un ruido infernal. Dentro de mi cabeza me repetía que era lo de siempre, que no era para tanto, mientras esperaba que todo aquello pasase lo antes posible.

Me levantaron agarrándome por el pelo, me